

ABDULLAH (esclavo de Dios)

Abdullah recorre los escasos metros que separan su humilde vivienda de la tapia medio derruida de adobe que la delimita. Sabe el lugar exacto donde tiene que escarbar para sacar la vieja caja de lata en cuyo interior guarda su bien máspreciado. Si el escuadrón anti vicio lo descubriera recibiría un duro castigo, aun así, está dispuesto a correr ese riesgo. Cuando la abre toma entre sus delgados dedos de uñas enlutadas lo que está buscando. Instintivamente se lleva la fotografía al pecho y después deposita un suave beso sobre la imagen, muy despacio, como saboreando ese instante íntimo que llena su pequeño corazón. Después la observa con detenimiento y se le aguan los ojos. Una lágrima rebelde se desliza sobre su mejilla izquierda y en su camino arrastra la suciedad de su cara dejando un surco más claro sobre su tez morena. Pasa el dorso de una de sus manos por su nariz al tiempo que sorbe los mocos y observa la sonrisa desdentada de Amina y sus grandes ojos oscuros, llenos de brillo, rebosantes de vida, que desde la quietud del papel fotográfico le mira descarada, desafiante, ajena al giro que en un par de días dará su vida. Respira profundamente y una vez repuesto, vuelve a guardar su tesoro, sabiendo que un día, que aún se le antoja muy lejano, volverá a encontrarla. Lleva ya cuatro años sin verla pero no la olvida, no sabe cómo hacerlo, además, recordarla a diario es el único acto de rebeldía que se puede permitir y no va a renunciar a ello por nada del mundo.

Abdullah es el pequeño de los hijos de la familia Safi. El único varón. Tiene ya diez años y, después de él, su madre ha sido incapaz de concebir un nuevo hijo. Su parto no fue fácil, pese al camino que ya habían abierto sus cinco hermanas mayores en las entrañas de su joven madre, que con tan solo 25 años echó al mundo al último de sus vástagos. Una fuerte hemorragia seguida de unas altísimas fiebres puerperales parece ser que la secaron por dentro, dejándola yerma, barbechada. Es algo que la ha sumido en una profunda tristeza que solo a ratos consigue mitigar. Aún así reconoce que tuvo

mucha suerte por conservar su vida. Ha conocido a infinidad de mujeres que perecieron en el momento de dar a luz, a muchas niñas cuyos cuerpos aún no estaban preparados para tamaña empresa, que se enfrentaron a este duro trance con fortaleza pero sin ningún tipo de asistencia sanitaria. Y últimamente la situación ha empeorado. Sin ir más lejos su querida Fátima, su amiga del alma, su confidente, murió hace tan sólo unos meses porque, caprichos del destino, se le antojó ponerse a parir cuando la Doctora Farias estaba atendiendo otro parto difícil. Y lo que más le duele es saber que mientras su amiga se desgarraba por dentro los dos médicos, que también atendían ese área de la ciudad, andaban mano sobre mano en la tetería de Yousef, a tan solo unos cientos de metros de distancia de su lugar de tortura, de su morgue. Las cosas para ellas por desgracia son así.

Abdullah es consciente de su suerte. A diferencia de sus hermanas puede ir a la escuela. Farida, la mayor, tiene diecisiete años y soñaba con ser maestra. Desde el primer día que asistió a las clases ese mundo la fascinó. Su juego preferido pasó a ser enseñar a sus hermanas los números y las letras. Las sentaba sobre la raída alfombra de la sala grande y allí las aleccionaba. Se divertían tanto que el tiempo pasaba volando. Qué gratos recuerdos guardan de esas tardes de risas y cantos, hoy para ellas también prohibidos. Y de ese modo tan lúdico sus hermanas, sin apenas darse cuenta, aprendieron el precioso arte de la lengua escrita y el mundo increíble de las cifras mucho antes de empezar a ir a la escuela. Hoy, incluso, hay determinados libros que por sólo el hecho de portarlos conducen a un castigo. Qué sinrazón.

Por desgracia ahora sabe que, más pronto que tarde, tendrá que casarse ¿qué sentido tiene que siga viviendo con sus padres si ya le es imposible lograr sus sueños? ¡Menuda carga! Desde hace días no puede dejar de pensar en una de sus compañeras de aula, Sharbat, a la que con tan solo once años su padre se vio obligado a vender para pagar la deuda que había contraído con sus hermanos. Tenía que hacer frente a los gastos médicos que estos costearon cuando sufrió un accidente en el vehículo en el que viajaba. Finalmente, a él solo le amputaron una pierna, mientras que a su hija Sharbat le segaron la vida. Vendida, su propia hija vendida por sólo 800€ para casarla con un hombre

treinta años mayor. Otra infancia rota. Recuerda su llanto desconsolado, sus súplicas para que nadie permitiera que le hicieran lo mismo a sus hermanas. Pero, con un padre mutilado tenían el futuro escrito con tinta permanente y muy oscura.

Abdullah es libre de andar por las calles, de corretear por ellas. Él sabe que su hermana Yasina, la segunda, es la que más lo echa de menos. Quemaba su hiperactividad a base de carreras, de paseos en bici, de partidos de fútbol... Le encantaba montar con su padre en la destartada motocicleta. Sentir el vértigo de la velocidad en el estómago agarrada fuertemente a él. Sentir como el viento ondeaba sus ropas como si fueran banderas de libertad. Amaba cualquier tipo de deporte porque su práctica la hacía sentirse plena, viva. Hoy, a sus recién estrenados quince años, todo esto lo tiene prohibido. Incluso le es imposible salir, ya no sola, tampoco en compañía de sus hermanas o su madre. Ahora necesita un *mahram*, un miembro masculino de su familia, para cruzar el umbral de su casa. Por fortuna para ella y sus hermanas Abdullah es quien se encarga. Como buen hermano que es, se repliega a sus deseos. Tantas veces como quieran salir, como necesiten salir de esa cárcel de madera y barro en la que se ha convertido su casa, las acompañará, se lo ha prometido a sí mismo.

Abdullah, cuando no está en la escuela, ayuda a su padre en el puesto del zoco. Como es el único varón sólo él puede hacerlo y realmente le gusta. La mezcla de olores de las pieles curtidas, de las especias... Los colores que lo llenan todo. Las voces de los hombres regateando, fumando juntos. Echa de menos el trinar de los pájaros en sus jaulas y la alegría infantil que siempre había cerca de los puestos de venta de cometas.

A sus hermanas Savera, de catorce años, y Aisha, de trece, también les hubiera encantado ayudar, pero les es imposible. Desde hace un tiempo la única tarea que les permiten es el cuidado del hogar y la cría de sus hijos cuando lleguen. En sus sueños de niñas hacían planes viéndose como regentes de un gran salón de belleza. Un lugar donde las mujeres podrían

tomarse un té con tranquilidad, alejadas de los ojos de los hombres, mientras se arreglarían el pelo, se depilarían las cejas, se maquillarían,... Pero llegaron los hombres de las montañas y todo ese castillo onírico se vino abajo. Prohibido perfumarse. Prohibido maquillarse. Prohibido. Prohibido. Prohibido. Han escuchado historias de mujeres a las que han cortado sus dedos por el simple hecho de llevar las uñas pintadas, cuánta barbarie.

Abdullah siente como Bashira, la hermana que nació justo antes que él y que hoy tiene 12 años es la que peor ha encajado los cambios. No entiende porqué no puede ver la tele, poner la radio, escuchar música. Ha tenido que esconder su flauta. Desde muy chiquitita, a los pies de Baba, sentía su espíritu libre corriendo tras las notas. Solía pasarse las horas muertas escuchándole. Para ella era increíble que su abuelo fuera incapaz de caminar sin la ayuda de su cayada y, sin embargo, tuviera esos dedos ágiles sobre el rústico instrumento de madera. Sabía mil melodías que intercalaba con viejas historias y cuentos. Fue él quien la enseñó, como a él mismo le enseñó su abuelo. Él decía que sólo eran los eslabones de una cadena infinita que se extendía desde tiempos inmemoriales hasta hoy y que así sería por siempre jamás. Ay si viviese.

Bashira es la más sensible de todas sus hermanas. No soporta esa vida en silencio. No entiende el mundo sin la música de las alegres conversaciones de las mujeres, hoy sólo susurros. No entiende el mundo sin sus risas, hoy también prohibidas. Ni siquiera les está permitido hacer ruido al caminar, no sólo el sonido que pudiera emitir su calzado sino el propio de sus ropas en movimiento. Sus burkas les cubren por entero, de la cabeza a los pies. Borran sus rostros robándoles su identidad, y por eso siente miedo de salir a la calle y perder el rastro de su madre, no reconocerla y perderla para siempre.

Abdullah, de cuclillas, observa como se extiende ante él la ciudad de Kabul, la ciudad que le vio nacer. Una ligera brisa acaricia su cara y revuelve su fino cabello. Inspira profundamente al tiempo que cierra los ojos e hincha sus pulmones, percibiendo el olor familiar de las cabras que pastan a su

alrededor. Y es entonces cuando Amina regresa del mundo de las sombras. Tenía sólo seis años cuando la vio por última vez. Recuerda sus mechones de pelo cayendo sobre el suelo. Recuerda sus ropas de niña amontonadas sobre sus pies desnudos. Recuerda sus nuevas ropas anchas, sus ropas masculinas, esa primera vez que cubrieron su piel. Y recuerda a su madre de rodillas frente a ella, sujetándola por los hombros con más firmeza en las manos que la que mostraba en su voz diciéndola: -Bienvenido Abdullah, querido hijo.

-Me llamo Amina, soy la sexta hija de la familia Safi, soy su bacha posh.